

vez las escaleras del metro”, circunstancia que le llevó a ampliar la visión crítica a muchos otros aspectos.

Amor y desamor

“Una de las intenciones del libro es que sea testimonio de nuestros días, de lo que vives”, expone sobre esta fresca, actual y desinhibida parte del poemario, que continúa con ‘Si cada persona es un mundo, dos son un universo’, poblada de más que flechas, por su concisión, dardos “amorosos y desamorosos”. Habla del “amor líquido”, de las relaciones que han pasado de sólidas a líquidas; esboza el retrato “Tú tan Margaret Thatcher y yo tan las Malvinas”; constata que “gana quien más ama” ya que “al final da igual que pierdas la batalla puesto que el que gana es el que más apuesta”; y culmina con el desamor de “un viaje en balsa deseando a la persona que has amado, a la que no le puede ir bien contigo, que le vaya bien”.

En la quinta parte del libro, ‘Jugar con fuego no es librarse del invierno’, emerge el tema de la soledad y cómo “muchas personas, con tal de no estar solas, son capaces de prenderse fuego a sí mismas o de arrimarse a cualquiera aunque sepa que no le convenga”. Tienen un cariz ardiente -“la pasión es la forma de tratar de no pasar el invierno. ‘No quiero pasar frío, voy a prender el fósforo’- y también cierto escepticismo en relación con una búsqueda “del amor, de la hoguera que se queda en el destello”.

El aforismo ‘¿Conoce el puente el idioma del agua?’ da paso a la sexta parte del poemario, la más existencialista, con reflexiones como

“cuando no soy nadie más soy yo”, ya que, cuando eres puramente esencia, dejas de intentar ser alguien, es cuando te sale la luz que llevas dentro, tu luz natural”, señala Maldonado, que también diserta sobre la esencia de los árboles y expone cómo la vida te esculpe con roles, cómo realmente en septiembre es cuando comienza un nuevo año y su sensación de remorirse cuando falleció un referente como Chavela Vargas.

Fronteras

Culmina el libro con ‘Todas las fronteras tienen los ojos azules’, aludiendo a que “las fronteras reales no son las líneas de un país o provincia, sino que es el cielo “la verdadera frontera”. De una conversación verídica en la que una mujer en una firma de libros le habló de su padre, surgió el poema ‘Sobre las guerras’ en el que relata cómo por ser paisanos dos hombres se ayudaron en la Guerra Civil pese a estar en bandos contrarios y cómo si en vez de ceñirse al origen territorial prevaleciese que todos somos personas nadie mataría a nadie en ningún conflicto.

Una reivindicación de ruptura de encasillamientos y fronteras idiomáticas, grupales, sectoriales, sociales, de roles, que hacen perder la esencia e identidad, recorre estos poemas que acaban en ‘Mi casa es mi alma’, la cual “no tiene género ni color, es pura energía”.

Arsenio Ruiz/ Lanza/ CR; 6 de abril, 2021